Zeitschrift: Hispanica Helvetica

Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos

Band: 22 (2011)

Artikel: La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media : análisis del discurso y léxico

Autor: Béguelin-Argimón, Victoria

Kapitel: Contexto de producción y recepción

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840898

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 22.08.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

la retórica de nuestros textos. Por último, dos obras en las que se analizan sendos corpus de relatos de viajes ejemplificaron cómo llevar a cabo un análisis discursivo de este tipo de textos: *Sur les routes de l'Empire Mongol. Ordre et rhétorique des relations de voyage aux XIIIe et XIVe siècles* de Guéret-Laferté (1994) y *Le discours sur l'autre. A travers quatre récits de voyage en Orient* de Magri (1995).

En la última etapa de nuestro trabajo, organizamos el léxico basándonos las áreas temáticas establecidas en el capítulo 3, definiendo las voces según el contexto en el que aparecen en nuestro corpus, ilustrando las definiciones mediante ejemplos y proporcionando comentarios sobre aspectos diversos –etimológicos, morfológicos, semánticos, diacrónicos, diatópicos, enciclopédicos–, según el interés de cada vocablo.

2. Contexto de producción y recepción

Antes de entrar en el corazón del tema, es importante precisar en qué entorno histórico, social, cultural y textual se realizaron tanto los viajes como la posterior redacción de los textos que nos ocupan. Por un lado, comprender en qué momento vivieron los viajeros-relatores; quiénes fueron; qué les motivó a abandonar sus tierras y por dónde viajaron; por qué decidieron contar su periplo y a quiénes dirigieron sus producciones, proporcionará las claves necesarias para captar el perfil de los viajeros-relatores a la par que el de la sociedad receptora. Por otro lado, precisar cuáles eran los conocimientos geográficos de la época y cuáles eran sus fuentes contribuirá a esbozar el marco cultural y textual donde se mueven emisores y receptores. Este conjunto de parámetros permitirá establecer el molde en el que se forja el discurso geográfico de nuestros textos.

2.1. Contexto histórico

El corpus con el que trabajamos ve la luz durante un dilatado periodo de lo que se ha dado en llamar *otoño de la Edad Media*. Desde que parten los embajadores en 1404 hasta que regresa el Marqués de

Tarifa de su peregrinación jerosolimitana en 1520 corre más de un siglo y durante su transcurso se produce una serie de acontecimientos que cambian de manera decisiva la configuración geopolítica y social tanto de la Península como del mundo conocido. En este lapso, Castilla consigue imponer definitivamente su liderazgo en el territorio peninsular y alcanza la ansiada unión con Aragón. Las pugnas entre nobleza y monarquía, que sacuden la mayor parte del siglo XV, se saldan con la afirmación de la autoridad real frente a las pretensiones de los nobles. Con las últimas luchas de los castellanos contra los musulmanes del Reino de Granada culmina la Reconquista. La corona castellana patrocina la aventura americana y con el descubrimiento de nuevas tierras sus intereses se dirigen hacia el Atlántico, al tiempo que saltan las fronteras del mundo conocido.

Cuatro de nuestros textos (ET, AV, VIC y DP) se redactan en los decenios previos al final de la Reconquista, y tanto la familiaridad de los viajeros castellanos con el mundo fronterizo del Islam como el legado cultural cristianomusulmán con el que emprenden el camino se deja entrever en el relato de unos viajes que se van a desarrollar parcialmente en tierras islámicas.

En los albores del siglo XV, la presencia musulmana al Sur de la Península se encuentra bajo control pero, en el resto de la Cristiandad, el avance de los turcos hacia Poniente –con la consiguiente expansión del Islam– se percibe como una amenaza acuciante. Sin embargo, en las lejanas tierras asiáticas, los mongoles –nómadas originarios de las montañas y las estepas y cuyo poder se ha extendido desde China hasta Irán y Turquestán– ya habían conseguido subyugar a los pueblos musulmanes de aquellas regiones gracias a caudillos como Gengis Khan (h.1155-1227), y las victorias continúan con Tamorlán (1336-1405). Con el objetivo de establecer posibles alianzas contra los turcos –enemigo común de cristianos y mongoles– ya desde el siglo XIII, los monarcas de Occidente tratan de entablar relaciones diplomáticas con los mongoles y mandan emisarios a sus soberanos. En este contexto se encargan tratados sobre estos pueblos de las estepas y se escriben relatos sobre las embajadas occidenta-

les[17]. López Estrada (1999: 18) señala la importancia de la información así reunida, que proporciona noticias fidedignas del mundo oriental, enriqueciendo la cosmografía medieval.

También Castilla contribuye a aquellas relaciones y el viaje narrado en la *Embajada a Tamorlán* se inscribe dentro de ese marco. En 1401, Enrique III de Castilla manda una primera misión diplomática al emperador mongol Tamorlán, el monarca más poderoso de todo Oriente, con objeto de sopesar una posible colaboración en la lucha contra la Sublime Puerta. Los mensajeros castellanos regresan a la Península cargados de presentes y acompañados por Mahomad Alcaxi, enviado del propio emperador, tras ser testigos de la victoria de Tamorlán sobre los turcos en una batalla cerca de Ankara. Dos años más tarde, en 1403, el rey castellano decide organizar una segunda misión a fin de reforzar las alianzas. Esta vez, la embajada está compuesta por un grupo de catorce hombres que partirán de Alcalá de Henares y realizarán un largo periplo por el Mediterráneo para adentrarse luego en tierras asiáticas y llegar hasta Samarcanda, ciudad donde se reúnen con el emperador. La *Embajada a Tamorlán* dará cuenta del viaje.

Tafur redacta igualmente sus *Andanças e Viajes de un hidalgo español* en el momento álgido de las tensiones que enfrentan la Cristiandad con los turcos. Sabemos que la muerte del poderoso Tamorlán conlleva la desmembración acelerada y la ruina de su inmenso imperio. Las esperadas alianzas de Occidente con los mongoles se ven con ello frustradas y, en 1453, la Cristiandad asiste conmocionada a la caída de Constantinopla, que pasa a manos de los turcos. Tafur realiza su viaje entre 1436 y 1439, pero no se decide a escribirlo hasta 1454 –justamente después de la pérdida de la antigua Bizancio– con la intención quizás de evocar un mundo que él había cono-

[17] López Estrada (1999: 17-18) menciona una serie de obras traducidas al español y comentadas por Gil Fernández en su libro *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII.* Madrid: Alianza Universidad, 1993: *Carta sobre la vida, secta y origen de los tártaros,* de fray Julián; *Historia de los mongoles,* de Plan de Carpino; *La relación de fray Benito de Polonia*; *La embajada de fray Ascelino o Ezzelino* y *El viaje de fray Guillermo de Rubruc.*

cido pero que ya se había cerrado definitivamente para la Cristiandad Occidental (Rubio Tovar 1986: 88; López Estrada 1982: VI).

Reflejo asimismo de este siglo de conflictos entre un Occidente cristiano y un Oriente donde la presencia islámica se impone con fuerza lo proporciona el *Libro del infante don Pedro de Portugal*. El objetivo de este viaje imaginario es alcanzar las tierras del Preste Juan y el relato incluye una carta que el Preste manda al rey de Castilla. El documento es la misiva –atribuida al mítico personaje– que ya en el siglo XII había circulado por Europa. Si recordamos brevemente quién era el Preste Juan[18], comprenderemos la importancia de que reaparezca esta figura a finales del siglo XV, en un contexto de clara inseguridad de la Cristiandad frente al Islam. La leyenda del rey-sacerdote –modelo del monarca que detenta a la vez el poder espiritual y temporal, y en cuyas tierras, situadas en la India, reinan una justicia y una armonía perfectas– nace a partir de una famosa carta espuria que este supuesto monarca cristiano de Oriente había dirigido en 1163 al emperador bizantino, Manuel Comneno, y al emperador romano-germánico, Federico Barbarroja. En aquellos tiempos, el documento ya reflejaba el repetido sueño occidental de encontrar aliados contra el avance del Islam y permitió reavivar la llama de las Cruzadas. La idea de unirse al Preste Juan contra los musulmanes había dado pie a una carta de respuesta del papa Alejandro II en 1177 y a una serie de viajes infructuosos en busca de su reino[19]. El renacimiento de la leyenda del Preste, la vigencia del falso documento y su inclusión en un relato de viajes de la segunda mitad del siglo XV aparece hoy como un canto de cisne del antiguo sueño de la Cristiandad puesto que, por los años en que se redacta el *Libro del infante*, cualquier esperanza de hacer frente común al peligro turco ya se había desvanecido por completo.

La tensión entre la Cristiandad y el Islam se revela igualmente en *El Victorial* y, en menor medida, en el *Viaje a Jerusalén*. El primer relato deja ver la rivalidad de los castellanos con los musulmanes en

---

[18] Para el estudio de este personaje, véase Bejczy (2001); para las versiones de la carta en la Península véase también Popeanga (2000).

[19] A principios del siglo XIV, el reino del Preste Juan se empieza a situar en África (concretamente en Etiopía) y se identifica a este personaje con el Negus.

el Mediterráneo occidental: la expedición de Pero Niño por sus aguas entre abril de 1404 y marzo de 1405 estaba destinada, en principio, a combatir a los corsarios cristianos que atacaban a los barcos castellanos, aunque termina por convertirse en una campaña de corsarios castellanos contra las costas africanas (Beltrán Llavador 2005 [1994]: 32). El *Viaje a Jerusalén* se redacta en un marco en el que el Oriente del Mediterráneo ha sufrido cambios radicales: después de la toma de Constantinopla por los turcos y el avance de éstos hacia Occidente, reina la inseguridad en los caminos, y las aguas del Mediterráneo se encuentran invadidas por berberiscos al servicio de la Sublime Puerta. El Marqués de Tarifa peregrina a una Tierra Santa que ha sido conquistada por los otomanos en 1516.

Otros acontecimientos históricos y sociales se perciben asimismo como telón de fondo de los diferentes viajes. En el ámbito del Reino de Castilla, mencionaremos las continuas luchas nobiliarias (VIC), la guerra contra la piratería inglesa (VIC) y el incremento de las actividades comerciales castellanas tanto en el Mediterráneo como en el Mar del Norte (AV, VIC); a escala europea, destacan la hegemonía –y la rivalidad– de venecianos y genoveses en aguas mediterráneas (ET, AV, VJ), la pujanza de las ciudades centroeuropeas (AV) e italianas (AV, VJ), y el Cisma de Occidente (AV).

El siglo XV supone, además, un momento de intensos cambios sociales que desembocan en una transformación de las mentalidades. Aunque, por un lado, perviven los códigos del mundo caballeresco –que se perciben sobre todo en Díaz de Games y también en Pero Tafur–, por otro, se asienta definitivamente en las ciudades una rica burguesía comerciante y bancaria, como deja ver claramente el periplo de Tafur por las urbes europeas y también, aunque en menor medida, el recorrido del Marqués de Tarifa por la Península Itálica. Los valores que encarna este nuevo grupo social –materialismo, individualismo, vitalismo– van conformando una cosmovisión secularizada y antropocéntrica que se impone frente al simbolismo y teocentrismo medievales. Nuestros textos reflejan las tensiones, los solapamientos y, en algunos casos ya, la quiebra entre un universo que se desdibuja y otro que emerge con potencia, no sólo por la imagen del mundo que transmiten sino también por la mirada con la que este mundo se presenta.

2.2. CONTEXTO SOCIO-PRAGMÁTICO

2.2.1. Viajes y viajeros, relatos y relatores

Numerosas son las razones que empujan al hombre medieval a desplazarse, pero las misiones, las cruzadas, las peregrinaciones, las expediciones marítimas o bélicas, el comercio y las embajadas diplomáticas figuran entre las más frecuentes (Richard 1981; Wade Labarge 1982). Desde el soldado raso o el criado al caballero o al monarca, pasando por el rico mercader o el peregrino, muchos son los que viajan, pero pocos los que dejan constancia escrita de su periplo. Y si las motivaciones para ponerse en camino son múltiples, también lo son las motivaciones para decidirse a contar su experiencia, como veremos con nuestros viajeros.

2.2.1.1. La *Embajada a Tamorlán*: una misión diplomática

El título con el que se conoce el primer texto –desde el punto de vista cronológico– del corpus, la *Embajada a Tamorlán*, revela el objetivo diplomático que llevó a los castellanos a viajar hasta la corte de Tamorlán de 1403 a 1406. El periplo puede dividirse en dos partes claramente diferenciadas: la vía marítima desde el Puerto de Santa María hasta Trebisonda y la vía terrestre desde Trebisonda hasta Samarcanda. Los embajadores zarpan del Puerto de Santa María y realizan el siguiente recorrido: Málaga, Ibiza, Gaeta, Malfa, Rodas, Xío (Quíos), Mitylene (Metelín), Pera, Constantinopla, Pera (invierno 1403), Trebisonda, Arzinga (Arzinján), Aceron (Erzerum), Huy (Khoy), Turis (Tabriz), Soltania (Soldania), Teherán, Anchoy (Andkhuy), travesía del río Biamo (Amu Daria), Quix (Kesh) y Samaricante (Samarcanda). En el viaje de regreso, después de abandonar Samarcanda, atraviesan el Biamo (Amu Daria) y pasan por Jagosa, Jagaro (Jájarim), Soltania (Soldania), Turis (Tabriz), Alequix (Alashkert), Trebisonda, Pera, Xío (Quíos), Sicilia, Gaeta, Génova y Sanlúcar, antes de alcanzar su punto de partida, Alcalá de Henares.

Como ya hemos mencionado, el viaje se inscribe en el marco de relaciones que los monarcas occidentales establecen con los mongoles y más concretamente en el de la política expansiva de Enrique III. El prólogo del relato informa sobre el contexto del viaje, las razones por las que éste se organiza y los viajeros que participan en él. Reve-

la que el rey Doliente, luego de haber despachado una primera embajada a Tamorlán, recibe respuesta del mongol con misivas y presentes transmitidos por un enviado del propio emperador. Por este motivo decide mandar una nueva embajada formada por catorce hombres, portadora también de cartas y regalos. En el prólogo se desvela asimismo el nombre de tres de los componentes de la comitiva. El primero, Fray Alfonso Paéz de Santa María, «maestro en Tehología, fraire de la orden de los predicadores» que, por su rango eclesiástico, debía de saber lenguas y actuar como traductor durante el viaje; sus conocimientos de teología le hacen apto para «entrar en contacto con los representantes de las otras religiones y observar sus ritos y ceremonias» (Gómez Redondo 2002: 2175). Del segundo viajero, Ruy González de Clavijo, nos dice el relato que era criado de Enrique III. Caballero madrileño y camarero del rey, tenía que ser un hombre con conocimiento de letras, como dan fe algunos de los poemas que compuso. El tercer y último viajero cuyo nombre conocemos, Gómez de Salazar, es guarda del rey y de poco más sobre él nos informa el relato: sólo que murió durante el viaje, víctima de las penalidades de éste. La comitiva contó con otro miembro –no mencionado en el prólogo–, el embajador de Tamorlán, Mohamad Alcaxi, que tuvo que prestar una inestimable ayuda a los castellanos durante su recorrido por tierras asiáticas. Quizás también los acompañara Alfonso Fernández de Mesa pues Pero Tafur se refiere en sus *Andanças e Viajes* a este personaje como miembro de la comitiva que viajó a Samarcanda entre 1403-1406 (AV: 165; AV: 452-453).

Es de suponer que una expedición oficial tendría unos fines bien precisos que coincidían «con los intereses de los Trastámara en política exterior: había que trazar itinerarios geográficos (puertos, ciudades, pasos estratégicos), verificar rutas comerciales, descubrir las conexiones italianas en los territorios de Oriente, recabar, en fin, noticias sobre los usos y leyes, prácticas y costumbres de unos pueblos que comenzaban a acercarse, cada vez más, a Occidente» (Gómez Redondo 2002: 2177). La necesidad de dejar constancia escrita de esta misión ya se refleja en el prólogo de la *Embajada*:

> Porque la dicha embaxada es ardua e a lueñes tierras, es necesario e cumplidero de poner en escripto todos los lugares e tierras por do los di-

> chos embaxadores fueren e cosas que les ende acaescieren, por que no cayan en olvido e mejor e más verdaderamente se puedan contar e saber. (ET: 79)

Se ponen de relieve, en primer lugar, la dificultad del viaje y la lejanía de las tierras a las que se llega –«la embaxada es ardua e a lueñes tierras»–, dos elementos que revestirán una importancia capital en la percepción de una geografía ajena a los viajeros y en su transmisión al público receptor. Se declara, después, la necesidad de dejar constancia escrita del recorrido y los avatares del periplo –«poner en escripto todos los lugares e tierras por do los dichos embaxadores fueren e cosas que les ende acaescieren»–, lo que permite atisbar la doble articulación que presentará el relato: un armazón narrativo –constituido por el itinerario y los acontecimientos– en el que se imbricarán secuencias descriptivas de los lugares recorridos. En estas líneas del prólogo, se expresan también dos objetivos del acto de escritura, perpetuar el recuerdo y aumentar los conocimientos: «por que no cayan en olvido e mejor e más verdaderamente se puedan contar e saber». Para Gómez Redondo (2002: 2172), efectivamente, escritos como la *Embajada* tenían como finalidad principal el de «aportar materiales para una posterior redacción cronística» aunque en este caso no se llegaran a utilizar por la muerte de Ayala y del propio Enrique III. El prólogo apunta asimismo a la voluntad didáctica del texto ya que éste permite «saber», es decir, conocer una cosa, tener noticia de ella. Hay que señalar aquí el uso del adverbio «verdaderamente», que explicita el compromiso de veracidad que contraen los relatores frente a los destinatarios de su discurso, y que determinará no sólo los contenidos que se seleccionan –que dan franca prioridad a lo «visto» y lo «vivido» frente a lo «oído» y a los conocimientos librescos– sino también la manera de transmitirlos.

Queda por elucidar quién fue el relator material de la *Embajada*. El texto se ha atribuido desde la primera edición de Argote de Molina a Ruy González de Clavijo, responsable de la misión. Sin embargo, las circunstancias de la expedición, el cúmulo de noticias y detalles que recoge el relato, amén de los tres puntos de vista que aparecen en el texto –*yo* / *nosotros* / *ellos-los embajadores*– reflejan un complejo proceso de composición y una autoría múltiple. Se supone que el texto, redactado en los meses que median entre abril y diciem-

bre de 1406 (López Estrada 1999: 35), se basa en un cuaderno de viajes en el que, día tras día, uno de los viajeros fue anotando el itinerario, los acontecimientos relevantes y la información recabada, ya fuese geográfica, histórica, política, etnográfica o artística. Sin embargo, la diversidad de datos recogidos invita a pensar que cada miembro de la comitiva debía de tener un cometido bien determinado ligado a sus conocimientos y competencias. A partir de este cuaderno de viajes, utilizado como borrador, cabe imaginar que un solo relator –lo que garantiza la cohesión del conjunto– realizó una versión final en la que participaron en mayor o menor medida los demás embajadores. Posiblemente, algún escribano (o algunos) de la Cancillería real contribuyó a su transformación en un libro (López Estrada 1999: 34) que pensaba leerse ante el monarca y sus cortesanos, primeros destinatarios del relato (Gómez Redondo 2002: 2177). La lectura en voz alta, como primer modo de transmisión, explica que se puedan identificar rasgos de oralidad en la *Embajada* (López Estrada 1999: 50) y que los destinatarios –aunque no aparezcan mencionados de forma explícita– estén siempre presentes en el discurso[20]. Las expectativas que levantó este viaje en la corte castellana (López Estrada 1999: 35) permiten imaginar la avidez con la que se escucharían las noticias sobre tan importante empresa.

2.2.1.2. *El Victorial*: una expedición bélica

El Victorial surge en un contexto de producción cortesano, similar al de la *Embajada*. El texto narra la biografía de Pero Niño (1378-1453), caballero perteneciente a una importante familia nobiliaria venida a menos por reveses políticos. El biografiado, que se crió junto a Enrique III, participa en la mayoría de episodios bélicos que se desarrollan entre 1396 y 1444 tanto en tierras peninsulares como en aguas del Mediterráneo y del Atlántico. La dimensión «viajera» de *El Victorial* –que es la que nos interesará con prioridad en nuestro trabajo por ser en ella donde más claramente aparece una determinada imagen del mundo– se encuentra en la segunda parte del relato, que ocupa dos tercios de la obra. En esta parte se narran las campa-

[20] Es continua la relación que establece el relator con su público: «no creades» (ET: 237), «no pensedes» (ET: 268), etc.

ñas bélicas del Capitán Pero Niño por el Mediterráneo (desde abril-mayo de 1404 hasta marzo de 1405) y por el Atlántico (desde marzo-abril de 1405 hasta el verano de 1406). La primera misión, a iniciativa de Enrique III, tiene como objetivo limpiar las aguas mediterráneas de corsarios castellanos aunque a veces se convierta en auténtica campaña de corsos en Berbería. Pero Niño y los suyos recorren las costas de Algeciras, Gibraltar, Málaga y Cartagena así como las del Norte de África; una persecución de corsarios por el Mediterráneo los lleva hasta Marsella y más tarde a L'Alguer, en Cerdeña; de allí saltan por segunda vez a Berbería para atacar Túnez y navegan después por las costas de Bona y Bugía. Luego de un breve descanso en Cartagena, Pero Niño se dispone a una tercera y última incursión en Berbería. Fondea en las islas Habibas, donde desembarca y ataca un campamento árabe; navega por las costas de Orán y Mazalquivir hasta la aguada que se encuentra en las cuevas de Alcocébar. A su regreso a la Península, Pero Niño pasa por Cartagena antes de dirigirse al puerto de Sevilla y de allí a Segovia, a ruegos del rey.

La segunda misión que Enrique III encomienda a Pero Niño tiene esta vez como objetivo combatir la piratería inglesa –que actúa contra las naves comerciales castellanas– en el Canal de la Mancha. Pero Niño se dirige a la isla de Ré y luego a La Rochela. Desde este puerto, zarpa rumbo a Burdeos y a su paso saquea, roba y quema las posesiones costeras inglesas. Sus acciones se centran después en la zona del Canal de la Mancha donde navega por las costas de Dartmouth, Plymouth, Portland y Poole, y pone a saco estas dos últimas plazas. De camino a las costas francesas, pasa ante Southampton, que el relator confunde con la ciudad de Londres. La pausa invernal permite a los navegantes visitar Harfleur, Rouen y sus alrededores, así como París. El Capitán y los suyos pasan tres días de descanso en la lujosa residencia del anciano caballero Renaud de Trie en Sérifontaine. En verano de 1406, Pero Niño reemprende la campaña, zarpando de Ruán para dirigirse a Harfleur, Crotoy y las costas del Mar del Norte. Atraviesa el paso de Calais, pero los vientos le llevan hacia La Esclusa en la costa de Flandes; allí Pero Niño aprovecha para visitar Brujas. Luego de un ataque a la isla de Jersey, se dirige a Brest y desde esta ciudad navega de regreso a Castilla.

A pesar del claro protagonismo del biografiado en *El Victorial*, en nuestro cometido para aprehender el discurso geográfico de los relatos, nos interesa mucho más la figura de su relator, Gutierre Díaz de Games, que se presenta de este modo en la obra:

> E yo, Gutierre Díaz de Games, criado de la casa del conde don Pero Niño, conde de Buelna, vi deste señor todas las más de las cavallerías e buenas fazañas que él fizo, e fuy presente a ellas, porque yo biví en su merçed deste señor conde desde el tienpo que él hera de hedad de veynte e tres años, e yo de ál tantos poco más o menos. E fuy uno de los que con él regidamente andavan, e ove con él mi parte de los travajos, e pasé por los peligros dél, e aventuras de aquel tienpo. E porque a mí hera encomendada la su bandera, tenía cargo della en los lugares donde hera menester. E fuy con él por los mares de Levante e de Poniente, e vi todas las cosas que aquí son escritas, e otras que serían luengas de contar, de cavallerías, e valentías, e fuerças. (VIC: 207-208)

En este pasaje, el relator –criado y alférez de Pero Niño– hace hincapié en el hecho de haber sido testigo presencial de lo que cuenta. Sus propias vivencias le permiten acreditar las dificultades de su misión pues sostiene que participó en los «travajos» de su señor y compartió con él los peligros de las hazañas que llevaron a cabo. En el caso de Díaz de Games, a la aventura que conlleva todo viaje se suma el riesgo continuo en el que vive un hombre metido en asuntos bélicos. Y este relator habrá de percibir en parte como hombre de armas el espacio por el que se mueve, que es tanto el peninsular como el que él mismo señala en la introducción a su relato: los mares de Levante y de Poniente, es decir, el Mediterráneo y el Atlántico.

De este Gutierre Díaz de Games sabemos que fue escribano de cámara del rey y que «aparece en la Crónica de Juan II, entre 1408 y 1419, cumpliendo cometidos diversos como embajador castellano, perito en tratados y ducho en relaciones cortesanas» (Gómez Redondo 2002: 2360). Aunque el autor deja claro que no participa en la vida de su biografiado a modo de simple escribano sino que insiste en su participación en las acciones bélicas, se trata de un hombre de letras capaz de imprimir a su relato una dimensión literaria y estética, menos presente en los demás textos de nuestro corpus.

Por lo que se refiere a la composición de *El Victorial*, Beltrán Llavador habla de una doble redacción (2005 [1994]: 94-100) que se lleva a cabo en dos fases claramente diferenciadas. El texto comienza a forjarse al final de las campañas atlánticas con el objetivo de dar cuenta ante el rey de unas singladuras que Pero Niño había culminado con éxito (Gómez Redondo 2002: 2356-2357; Beltrán Llavador 2005 [1994]: 95). El material básico empleado en esta primera fase de la elaboración provenía –según la hipótesis de Ferrer i Mallol (1968)– del diario de a bordo redactado por el escribano de la galera en la que viajaban Pero Niño y Díaz de Games. Este documento –en el que se asentaban tanto los detalles sobre la intendencia de la nave como los avatares de la navegación[21]– junto a un diario del propio Díaz de Games permitió una primera redacción destinada a formar parte de la crónica real. Sin embargo, aunque este material debió de ser conocido y leído en los círculos cortesanos, el vacío cronístico entre 1396 y 1406 deja fuera las campañas marítimas de Pero Niño. Posteriormente, entre 1431 y 1436, Díaz de Games reutilizó toda esta documentación para redactar la biografía caballeresca de Pero Niño, encargada por el propio interesado. En su forma definitiva, el libro debía de destinarse a una lectura privada, reducida incluso a un ámbito familiar (Beltrán Llavador 2005 [1994]: 62).

2.2.1.3. *Las Andanças e Viajes de un hidalgo español*: un recorrido formativo

El relator de las *Andanças e Viajes de un hidalgo español*, Pero Tafur, es un noble de linaje cordobés que antes de ponerse en camino residió la mayor parte de su vida en la ciudad de Sevilla (Vives: 8). Criado probablemente en casa del Maestre de Calatrava, don Luis de Guzmán, aparece como un hombre de «mediana educación y cultura humanística» (Fick *apud* López Estrada 1982: VII) que se mueve con holgura en los medios financieros de las ciudades europeas y que, probablemente, estuvo vinculado a los sectores comerciales genoveses (López Estrada 1982: VII). Su andadura se desarrolla entre 1436

[21] Efectivamente, en toda galera medieval era preceptiva la presencia de un escribano que se ocupaba de registrar tanto los detalles sobre la administración de la nave como las vicisitudes durante la travesía (Beltrán Llavador 2005 [1994]: 86-87).

y 1439, y se puede articular a partir de la ciudad de Venecia en cuatro etapas (Gómez Redondo 2002: 3407): 1. Tafur parte de Sanlúcar de Barrameda hacia Pisa, y visita Venecia y luego Roma; 2. Venecia constituye el punto de partida y de llegada para su periplo por Oriente (Tierra Santa, Constantinopla, Egipto y Turquía); 3. de regreso a la Serenísima, recorre la Europa Central y visita varias ciudades en los Países Bajos; 4. por último, la vuelta a la Península por vía marítima le lleva a zarpar de Venecia y a navegar por el Adriático y el Mediterráneo, pero el relato queda truncado en Cerdeña.

Según Vives (1982: 17-18), el noble andaluz no había pensado escribir un relato de su viaje por lo que no redactó un diario aunque debió de tomar algunas notas. Carrizo (1997: 138-148) cree, por el contrario, en la existencia de un prototexto –que se deja ver en algunos fragmentos de las *Andanças*– sin el cual hubiera sido imposible recordar la cantidad de detalles que el relato contiene. A partir de este documento de viaje, Carrizo propone la hipótesis de una redacción en la que se produjeron numerosas modificaciones y en la que el relator contó con la ayuda de otras manos.

El viajero se pone en ruta por propia voluntad, aprovechando una tregua del rey Juan II con los musulmanes en las luchas de frontera:

> É yo, avido respeto que, allende de otras causas, la tregua fecha entre nuestro señor el rey Don Juan é los moros nuestros naturales enemigos, me podia dar lugar é otorgar tiempo, para que yo visitase algunas partes del mundo, (AV: 2)

Ya en estas líneas revela Pero Tafur el primer objetivo de su periplo: ver mundo. Este móvil de partida singulariza la mirada del viajero –que no realiza el periplo ni escribe por obligación, como los relatores de los dos textos precedentes– y favorece la manifestación de su personalidad, marcada por una profunda y constante curiosidad. Tafur aduce un segundo motivo que le lleva a emprender la ruta:

> visitar tierras extrañas; porque, de la tal visitaçion, raçonablemente se pueden conseguir provechos cercanos á lo que proeza requiere, ansí engrandeçiendo los fijosdalgo sus coraçones donde sin ser primero conosçidos los intervienen trabajos y priesas, como deseando mostrar por

> obras quien fueron sus anteçesores, quando solamente por propias fazañas puede ser déllos conoçedora la jente estrangera. (AV: 1-2)

Su empresa tiene, pues, un valor moral ya que los viajes desarrollan las virtudes caballerescas por los peligros y dificultades que entrañan, características que ya se mencionaban en los dos textos precedentes. Todo periplo conlleva, además, preciosas enseñanzas de orden político y social:

> É no ménos porque, si acaesçe fazer retorno despùes del trabajo de sus caminos á la provinçia donde son naturales, puedan, por la diferencia de los governamientos é por las contrarias qualidades de una naçion á otra, venir en conosçimiento de lo más provechoso á la cosa pública é estableçimiento della, en que principalmente se deben trabajar los que de nobleza no se querrán llamar enemigos. (AV: 2)

El viaje de Tafur se plantea, pues, como un recorrido formativo que ha de reportar beneficios tanto en el ámbito personal y moral como en el colectivo. Y, efectivamente, la observación de los diferentes modos de gobierno y de la diversidad de los pueblos para mejorar la cosa pública en tierras propias se manifiesta en los intereses del viajero y en la imagen que éste transmite sobre el mundo recorrido.

Sin embargo, además de los objetivos explicitados en el prólogo de sus *Andanças*, Tafur abandona sus tierras con otros fines que sólo se descubren paulatinamente al hilo del relato. Por un lado, el viajero inicia sus andanzas con una peregrinación a Tierra Santa, como corresponde a un buen cristiano de su rango. Efectivamente, en el Medioevo, las motivaciones espirituales llevan a gran número de hombres y mujeres a ponerse en camino y Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela constituyen, durante siglos, los tres destinos principales. Mientras que las peregrinaciones a estas dos últimas ciudades están protagonizadas por las clases populares, el viaje a Tierra Santa queda reservado a las altas jerarquías eclesiásticas, la nobleza y la rica burguesía por el elevado coste del viaje[22]. Por otro lado, Tafur se desplaza con el objetivo de establecer contactos con los más altos dignata-

---

[22] En nuestro corpus, también el *Libro del infante don Pedro* y el *Viaje a Jerusalén* darán cuenta de la visita de los viajeros a los Santos Lugares.

rios de la Cristiandad del momento –príncipes, monarcas y nobles– y con los círculos bancarios y comerciales. Además, a la llegada del andaluz a Constantinopla, se descubre uno de los planes no confesados del viajero: el de reestablecer el vínculo linajístico que le emparenta con la familia del emperador, Juan VIII Paleólogo. Cuando Tafur visita a este monarca, sus propias palabras resumen la motivación profunda que le ha conducido hasta la antigua Bizancio:

> Yo entré por su palaçio fasta en una sala, donde lo fallé en un estrado sentado é una piel de leon tendida sobre que tenía los piés; allí le fize reverencia é le dixe, como yo venía aí por visitar su persona é casa é ver sus tierras é señoríos, é principalmente por saber verdaderamente la raçon de mi linaje, que se dizíe aver salido de allí é de la sangre imperial suya, é yo començéle á dezir la manera que acá se dize que avíe pasado. (AV: 140)

Si los dos textos precedentes se relacionan estrechamente con las crónicas, el relato de Tafur constituye un testimonio de vivencias e impresiones personales pues, al igual que el viajero se ha puesto en camino por decisión propia, también lo cuenta por propia iniciativa con las libertades que ello le otorga. Y, si el viaje de Tafur supone una empresa personal, es asimismo un vínculo personal el que le mueve a redactar el tratado para su protector, don Fernando de Guzmán, Maestre de Calatrava:

> E como por ser de vuestro parentesco é casa, é non ménos por aver conosçimiento, que los tales compendios é todas otras escrituras, con buen ánimo á vos ofresçidas, vos son agradables é á vuestro gentil espíritu reposan de muchos trabajos é ansias, que nuestros tiempos, non poco nublados, en él non sin causa ponen; por ende, mi muy noble señor, plégavos leer mi tratado, oyr mis trabajos en diversas partes del mundo avidos, é resçibir con amor este pobre presente, con el qual no dubdaré, segunt lo que de vuestra verdadera nobleza conosco, avréys algunas vezes deporte, mayormente considerada la grant devoçion, que en vos agradar siempre, ovo é avrá quien lo envía. (AV: 2)

Carrizo (1997: 138) señala que quizá el viajero esperaba acceder a algún cargo cortesano gracias al Maestre, lo que le llevó a dedicarle su relato. En todo caso, Tafur desea que la lectura de éste pueda pro-

porcionar «deporte» a su protector por lo que se afanará en presentar un texto capaz de procurar reposo y distracción a su destinatario. Tanto los objetivos explicitados en el prólogo de las *Andanças* como las características del texto permiten imaginar que éste podría haber sido utilizado igualmente como «reloj de príncipes» o como lectura para futuros viajeros (Carrizo 1997: 138).

2.2.1.4. El *Libro del infante don Pedro de Portugal*: un periplo imaginario

El *Libro del infante don Pedro de Portugal* cuenta un viaje imaginario cuyo protagonista principal es un personaje histórico de la nobleza portuguesa, el infante don Pedro de Portugal (1392-1449), Duque de Coimbra (1415). Don Pedro se hizo famoso por el periplo que llevó a cabo entre 1425 y 1428 por Inglaterra, Flandes, Alemania, Hungría y Rumania, Venecia, Florencia, Roma, Aragón y Castilla con el objeto de adquirir conocimientos y experiencia sobre asuntos internacionales. Se cree que viajó con un séquito de doce personas, aunque a menudo la comitiva contó con nutridas escoltas que le proporcionaron los monarcas a quienes visitó. Las amistades y relaciones de don Pedro en toda Europa le convirtieron en un personaje cuya leyenda se extendería por el continente entero. Al fallecer su hermano, el rey Eduardo I, se convierte en regente de Portugal y para asegurar su influencia en el reino, casa a su hija con su sobrino, el heredero del trono y futuro Alfonso V de Portugal. Sin embargo, los enfrentamientos entre éste y don Pedro culminarán en la batalla de Alfarrobeira, donde don Pedro perderá la vida.

El relato hace del infante de Portugal un viajero que abandona su reino para alcanzar la India del Preste Juan. Partiendo de Barcelos, su caprichoso itinerario le conduce por las siguientes ciudades y tierras: Valladolid, Venecia, Chipre, Mandua, Patrás, Troya (Constantinopla), Grecia, Noruega, Babilonia (Bagdad), Urrian, las tierras de los árabes, Anania, Tierra Santa, Armenia, Babilonia de Egipto (El Cairo), Sobrança, Asian, Torna, Panfibian, Capadocia, el desierto de Nínive, Samarcanda, Tarsa, Sodoma y Gomorra, Arabia, Saba, Cagaur, el Monte Sinaí, La Meca, la tierra de las Amazonas, Judea, las ciudades de Ausonia y Cananea, Luca y, por último, la ciudad de

Alves en la India del Preste Juan. Los únicos puntos del itinerario de regreso que se mencionan son Catopia, el Mar Rojo y el reino de Fez.

Entre los doce acompañantes de don Pedro se encuentra el relator, Gómez de Santisteban. Se dice que en el grupo viaja un eclesiástico, que ejerce como traductor gracias a sus conocimientos lingüísticos y que podría ser el propio relator. Juan II de Castilla –primo del infante portugués y del que éste se despide antes de comenzar su andadura– suministrará a don Pedro los medios financieros para el viaje amén del mencionado trujamán:

> & [Juan II] mando le dar.v. mill pieças de oro & mandole dar vn faraute que auia nombre Garcirramirez que sabia todos los lenguajes del mundo. Conuiene a saber. Gramatica. Logica. Retorica. Musica. Filosofia. Caldeo. yrgan. Ebrayco. Turco. Tremecen. Rodano. Jngruyno Almerin. Entritino. Babilon. Pileo. Alarabe. y otros lenguajes muchos que por el mundo auia que fuesse conel Y el dicho garcirramirez ouo muy gran plazer de yr en su compaña de don Pedro. (DP: 4)[23]

Los fines del periplo se ponen en boca del propio infante al principio del relato:

> Amigos [todos] los que me quisierdes seguir: seguid me a tener (me) compañia para saber aquestas quatro partidas (del mundo) que son mouidas en[el] mi coraçon para las saber. (DP: 3)

El ansia de conocimiento corre pareja con el deseo del infante de «ver [el] mundo» (DP: 3). Sin embargo, estos móviles generales ocultan el objetivo final del viaje, que sólo se va descubriendo a medida que avanza el relato: llegar a las tierras del Preste Juan de las Indias (DP: 10).

Las razones que empujan a Gómez de Santisteban a relatar la andadura de don Pedro quedan plasmadas, en cambio, en las primeras líneas del texto. Si viajar colma el ansia de conocimiento y produce felicidad, los que no viajan pueden obtener estos conocimientos y

---

[23] Reproducimos el texto del *Libro del infante don Pedro* tal como se presenta en la edición que manejamos, respetando la puntuación, los corchetes y los signos tironianos.

experimentar el gozo, leyendo o escuchando lo que les cuentan sobre el mundo:

> Porque todos los hombres naturalmente dessean saber todas las cosas del mundo: & han plazer de ver cosas nueuas. E los que no las han visto resciben grande(s) alegria(s) enlas leer & oyr contar: yo Gomez de santesteuan como fue[sse] vno delos que anduuimos conel infante don pedro [de Portugal] mi señor: determine de contar algunas cosas notables eneste breue tratado de lo que vimos enlas quatro partidas del mundo: (DP: 1)

Paralelamente a este objetivo sapiencial tanto del viaje como de su redacción, es probable que la azarosa y controvertida vida política de don Pedro de Portugal llevara a su hijo a encargar la composición del relato con la finalidad principal de restablecer la reputación del noble portugués y afirmar la propia entre un público eminentemente cortesano (Gómez Redondo 2001: 3426-3427). Al igual que la *Embajada*, el relato parece estar destinado tanto a una transmisión oral –lectura en voz alta– como escrita.

2.2.1.5. El *Viaje a Jerusalén*: un itinerario espiritual

En el *Viaje a Jerusalén*, don Fadrique Enríquez de Ribera (1476-1539) narra la peregrinación que realiza a Tierra Santa entre 1518 y 1520. Perteneciente a una importante familia nobiliaria andaluza emparentada con la realeza, don Fadrique ostenta los títulos y cargos de Adelantado Mayor de Andalucía, primer Marqués de Tarifa y señor de Bornos, Espera, Paterna de Ribera y Alcalá de los Gazules. Recibe el hábito de la orden de Santiago apenas cumplidos los diez años. Personaje instruido, su posición y fortuna personal le llevan a desempeñar un importante papel en la vida cultural y política sevillana del Quinientos, lo que explica los intereses que muestra el viajero a lo largo de su camino[24].

Ignoramos cuáles son los motivos concretos que empujan al Marqués de Tarifa a emprender su viaje y el relato nada dice sobre quiénes fueron sus compañeros de periplo. Hay que recurrir a otro texto

---

[24] Para la biografía de don Fadrique, véase el artículo de González Jiménez (2001).

–íntimamente emparentado con el del marqués– para conocer a uno de sus ilustres acompañantes, Juan del Encina[25] –que se reunió con él en Venecia– y que escribe sobre el noble sevillano: «[p]artiendo de España, de su tierra propia / Con ciertos criados a Venecia vino» (Encina 1978: 203). Sin embargo, una vez en Venecia, parece que el noble sevillano prosiguió la ruta sin su comitiva (González Jiménez 2001: 88) y que sólo le acompañaron los otros peregrinos, un grupo constituido por unas doscientas personas con «escriuanos y trujamanes» (VJ: 220).

Las primeras líneas del *Viaje a Jerusalén* se limitan a anunciar el contenido del relato y a señalar el marco temporal del viaje:

> Este libro es del uiaje que yo don Fadrique Enrriques de Ribera, marqués de Tarifa, hize a Jerusalén de todo y quantas cosas en él me pasaron, desde que salí de mi casa de Bornos, miércoles, veyntiquatro de nouiembre de quinientos y diez y ocho hasta veynte de otubre de quinientos y veynte, que entré en Seuilla. (VJ: 173)

Efectivamente, el marqués abandona Andalucía y, cruzando La Mancha, entra en el Reino de Valencia. Atraviesa Cataluña y recorre el Sur de Francia, Provenza, los Alpes y el Piamonte para llegar a Venecia, ciudad en la que se embarca hacia Tierra Santa. La travesía comporta algunas escalas –Rubino, Xanto y Rodas– y, durante la navegación, los viajeros avistan Citera, navegan por el archipiélago de las Cícladas y pasan frente a Chipre. Entran en Tierra Santa por Jafa desde donde se dirigen a Jerusalén. De la Ciudad Santa y sus alrededores, el marqués consigna con detalle los lugares visitados, hitos de la Historia Sagrada. A su regreso, la nave hace una primera escala en Chipre –el peregrino visita allí Nicosia– y una segunda escala en Rodas –donde residen los Hospitalarios–, lo que lleva al viajero a insertar en su relato un tratado sobre la historia y la organización de la Orden de San Juan de Jerusalén. Prosigue la travesía por

---

[25] Juan del Encina escribió sus memorias de viaje en una obra en verso, el *Viaje a Jerusalem* (Encina 1978: 187-243), composición conocida también como *La Tribagia o vía sacra de Hierusalem*. La obra del Marqués de Tarifa y la de Juan del Encina se publicaron juntas en Lisboa en 1580.

las islas de Escarpanto y Xanto, y realiza escalas en Zara y Parencio antes de tocar puerto en Venecia. Emprende entonces el marqués un largo periplo por Italia: Padua, Ferrara, Bolonia, Florenzola, Florencia, Siena, Viterbo, Roma, Nápoles, Capua, Monte Casino, Asís, Loreto, Ancona y Pisa. Se dirige luego a Bolonia, pasando de nuevo por Florencia, y realiza una estancia de cuatro semanas en Génova. En el camino de regreso a Castilla, visita Chambéry, Grenoble, Valence, Aviñón, Nimes, Montpellier, Toulouse y Bayona. Sus etapas en la Península son Fuenterrabía, Tolosa, Vitoria, Miranda del Ebro, Briviesca y Burgos. Finalmente, el peregrino se detiene en el Monasterio de Guadalupe, antes de llegar a Sevilla.

Texto de valor personal y testimonial –escrito, o dictado, por el propio marqués–, el *Viaje a Jerusalén* detalla el itinerario de manera minuciosa, casi a modo de diario. Una parte de la información proviene probablemente de la que el viajero recogía oralmente y que anotaba de inmediato y, en otras ocasiones, los datos debían de proceder de fuentes escritas como cuando presenta las instituciones venecianas y el funcionamiento político de la ciudad, el contrato de viaje, las características de las iglesias cristianas de Oriente o la historia y estatutos de la Orden de San Juan. En una recopilación de noticias sobre Tierra Santa efectuada en el Monasterio de Guadalupe, se registra la estancia de don Fadrique en este cenobio a su regreso de Jerusalén y se menciona que «traya escripto un librillo del su viaje» que, según Vicenç Beltran (2001: 160-161), debía de ser un diario sobre el que posteriormente se compuso el libro tal como nos ha llegado. Sabemos que, una vez en Sevilla, el marqués manda imprimir su relato (González Jiménez 2001: 86).

El *Viaje a Jerusalén* se limita a consignar las vivencias de don Fadrique como peregrino –su itinerario hasta Tierra Santa y su estancia, particularmente– dejando de lado sus intereses personales aunque la información recabada sobre las ciudades recorridas muestra las preocupaciones de un hombre influyente y poderoso. El relato nada nos dice sobre los tres meses que pasó en la ciudad de Roma a su regreso de Jerusalén durante los cuales se cree que «visitaría todos los lugares de peregrinación y obtendría del Papa una serie de bulas y privilegios» (González Jiménez 2001: 93). Su estancia en las ciudades renacentistas italianas está vinculada, sobre todo, a la compra de

objetos suntuarios –alfombras, estatuas, una armadura, manuscritos y libros impresos– y a la contratación de los escultores que habrían de realizar su mausoleo familiar en Sevilla. Uno de los libros adquiridos –el dedicado a la Orden de San Juan– le debió de servir para el largo *excursus* que incorporó a su relato (González Jiménez 2001: 95). El viaje revistió importancia capital para don Fadrique como muestran las diferentes copias de su diario de viaje, las reliquias con las que le sepultaron, así como las inscripciones, referentes a la peregrinación, esculpidas en el Palacio de los Adelantados de Sevilla y en el patio de su castillo de Bornos; su periplo dejó huella asimismo en la tradición cultural hispalense (García Martín 2001b: 13).

La redacción del *Viaje a Jerusalén* se inscribe dentro de la larga tradición de relatos de peregrinación. Desde muy antiguo, la necesidad de visitar los escenarios de la Historia Sagrada, en particular los lugares donde vivió y murió Jesucristo, se acompañó del relato de la experiencia. Una vez de regreso, los peregrinos rememoraban su vivencia en diarios, a veces ilustrados, que acabarían originando un género específico dentro de la literatura de viajes de todos los tiempos[26]. Dejar constancia de esta experiencia personal fue relativamente frecuente en los siglos medievales por lo que poco a poco se fueron forjando unos modelos con los que dar cuenta de la peregrinación jerosolimitana. Estos textos se singularizan frente al resto de relatos de viajes por sus objetivos particulares. En primer lugar, desean estimular la fe de los lectores, incitándolos a emprender el viaje[27]. En segundo lugar, se presentan como guías para futuros peregrinos y de ahí que se introduzcan en ellos toda clase de consejos y detalles de carácter práctico: rutas que seguir, santuarios que visitar y reliquias que venerar así como recomendaciones para el camino y la estancia en Tierra Santa. Además, persiguen un objetivo didáctico-moral y enciclopédico por lo que proporcionan información detallada sobre los Santos Lugares y presentan material destinado a enriquecer los horizontes de conocimiento del lector. Por último, se articulan a me-

---

[26] Para un estudio sobre los relatos de peregrinación a Jerusalén entre la Edad Media y el Renacimiento, véase Prescott (1949).

[27] «Les pèlerinages en Terre sainte étaient également une "Invitation au voyage"» (Dansette 1997: 882).

nudo como un itinerario espiritual y facilitan una meditación sobre la vida de Cristo[28] –o sobre acontecimientos bíblicos– ya que se trata de libros destinados a la edificación espiritual, que no eran usados solamente por futuros peregrinos.

Teniendo en cuenta la ausencia de un destinatario explícito en el *Viaje a Jerusalén*, por un lado, y el subgénero de los relatos de peregrinación en el que se inscribe el texto, por otro, debemos imaginar su marco de recepción tanto entre los nobles que deseaban emprender una peregrinación a la Ciudad Santa, como entre los fieles que buscaban edificación espiritual, especialmente entre religiosos. Sin embargo, la parte del relato dedicada a Nicosia y a la Orden de San Juan es tan detallada que González Jiménez (2001: 92) emite la hipótesis de que don Fadrique quisiera transmitir la información al propio Emperador Carlos I.

2.3. CONTEXTO CULTURAL Y TEXTUAL

2.3.1. Los conocimientos geográficos en la Edad Media

Todo viajero se pone en camino con un bagaje de conocimientos sobre las tierras que va a recorrer y sobre las gentes que va a encontrar, bagaje que pertenece a su acervo cultural o que adquiere mediante lecturas y conversaciones destinadas a la preparación del periplo. Puesto que nuestro interés se centra en el discurso geográfico, debemos preguntarnos qué conocimientos de la geografía formaban parte del equipaje de nuestros viajeros, teniendo en cuenta que estos saberes no estaban incluidos ni en el *Trivium* ni en el *Quadrivium*.

Lo que hoy designamos como *geografía* aparece, en las clasificaciones de las artes medievales, dentro del capítulo de geometría o astronomía (Zumthor 1993: 227) y no constituye, por consiguiente, una disciplina autónoma. La geografía (*gé* 'tierra', *graphein* 'describir') nace en la Antigüedad, entre los griegos. En aquel entonces, el término designa tanto la actividad de representar gráficamente la imagen de la tierra, como «la elaboración y comentario de un mapa

[28] Recordemos la orientación cristocéntrica de los franciscanos, guardianes de los Santos Lugares.

mental de la totalidad de [su] superficie» (Tsiolis 1997: 7); aunque incluye la descripción de la Tierra, desde sus orígenes, el término está mucho más cercano al concepto de cartografía[29] que a lo que entendemos actualmente por geografía.

Los más antiguos documentos geográficos, los periplos griegos –de *períplous* 'circunnavegación'– sólo se conocen por citas o referencias en autores griegos. Estos documentos detallaban el trayecto de un puerto a otro –como lo hacen más tarde los portulanos medievales– y eran necesarios en el comercio y la navegación, que requerían establecer itinerarios entre los principales mercados. En el siglo V a. C., con Herodoto, empieza una nueva etapa para la geografía. Sus relatos no son ya los de un viajero que enumera los jalones de un itinerario, sino que presentan los territorios en su conjunto, definidos tanto por sus límites como por sus características comunes. Sus obras históricas, repletas de referencias geográficas y etnográficas, inauguran un periodo en el que historia, geografía y etnografía aparecen estrechamente vinculadas. Aunque parte de su información proviene de la observación directa, Herodoto describe las tierras orientales con características fabulosas: abundancia de metales preciosos, vegetación lujuriante, animales y seres humanos monstruosos, y pueblos de longevidad prodigiosa. Todos estos rasgos pervivirán con mayor o menor intensidad en los libros de viajes medievales.

Aparte de Herodoto, otros geógrafos griegos dejarán asimismo su huella en la cultura del Medioevo[30]. En sus obras históricas y geográficas, Ctesias de Cnido (s. IV a.C.) se basa tanto en su experiencia como en fuentes persas; las fantasías, las fabulaciones, las noticias extraordinarias e incluso inventadas impregnan la producción de este autor, que ejercerá un fuerte impacto en las *imagines mundi* medievales. Megástenes (s. III a.C.), diplomático que viajó a tierras de la India, elaboró un detallado relato del que apenas quedan unos pocos fragmentos; sin embargo, este texto cuajado de elementos fabulosos

---

[29] Con este sentido aparece en francés el término *géographie* en 1510 y, en 1557, el de *géographe* con el sentido de 'persona que dibuja mapas' (Deluz 1976: 27). En castellano, el término *geógrafo* se documenta en 1573 y el de *geografía*, en 1615 (DCECH, *s.v. geo-*).

[30] Para la influencia de los geógrafos de la Antigüedad sobre las enciclopedias medievales, véase Crivat-Vasile (1994-1995).

marcará también con su impronta las posteriores obras enciclopédicas medievales.

De la época romana, Estrabón (64 a.C.- 23 d.C.) –que describe algunas de las regiones de importancia en los planes expansivos de los romanos– y, más tarde, Plinio el Viejo (siglo I d.C.) serán los dos geógrafos cuyos trabajos ejerzan mayor influencia en la Edad Media. Obra de este último, la *Naturalis Historia*, basada en multitud de fuentes, recoge información sobre muy variados aspectos de la ciencia antigua (la cosmología, la geografía, la etnología, la fisiología humana, la zoología, la botánica, la farmacología o la mineralogía). En el siglo III, Solino redacta su *Collecta rerum memorabilium* con información proporcionada por el geógrafo Pomponio Mela, particularmente interesado en recoger *mirabilia*. Del siglo IV data una obra importante por su influencia en la Edad Media, el *Comentario al Sueño de Escipión de Cicerón* de Macrobio. El legado de Ptolomeo –figura capital de la geografía helenística–, aunque conocido por los bizantinos y los árabes, no se divulgará en Occidente hasta 1406, fecha de la primera traducción al latín de su *Geografía*.

Toda la actividad «geográfica» de la Antigüedad se caracteriza por una gran heterogeneidad:

> El *corpus* «geográfico» que se nos ha transmitido constituye, en realidad, la suma de noticias y reflexiones que de un modo u otro guardan relación con alguna de las categorías geográficas. [...] [J]unto a los estudios matemáticos o astronómicos más avanzados se encuentran, por ejemplo, datos empíricos sobre la navegación, historias de fundaciones de ciudades, descripciones de pueblos reales y pueblos imaginarios, referencias a tierras lejanas y a viajes maravillosos, especulaciones sobre extraños fenómenos atmosféricos, meteorológicos o climáticos, explicaciones etiológicas de los rasgos raciales, culturales o económicos de los pueblos, noticias sobre la flora, la fauna y los recursos minerales de las regiones, disertaciones sobre la relación interactiva entre hombre y ambiente, etc. (Tsiolis 1997: 8)

La Edad Media, etapa de estancamiento para la geografía, heredará buena parte del saber de la Antigüedad y vivirá de él, integrando tanto los elementos fabulosos como las variadas experiencias geográficas de los antiguos. San Isidoro de Sevilla recogerá datos de Plinio,

Solino y Macrobio, y su obra, considerada una de las máximas *auctoritates* de la época, constituirá una referencia en el ámbito de los conocimientos geográficos. Las enciclopedias –conocidas como *imagines mundi*– van a preservar y recopilar el conjunto de saberes legados por la Antigüedad; la Historia Sagrada y las leyendas integrarán en ellas nuevos contenidos geográficos de procedencia cristiana; finalmente, la cartografía y los libros de viajes revisarán unas y otras, actualizando las noticias sobre bases empíricas.

2.3.2. Las *imagines mundi*

Los conocimientos geográficos de la Antigüedad se conservan y se transmiten en los tratados de cosmografía, las *imagines mundi*, compuestas por autores medievales. Estas obras presentan un enfoque teórico y tienen como primer objetivo proporcionar una imagen global de la tierra con una clara ambición enciclopédica: se trata de reunir la mayor cantidad de información posible sin que la autenticidad de los datos parezca importar; un segundo cometido fundamental es el de cristianizar el saber antiguo (Crivat-Vasile 1994-1995: 477). Desde el punto de vista de su estructura, los datos recopilados en las *imagines mundi* se organizan por temas, contrariamente a los libros de viajes que, generalmente, irán plasmando los conocimientos sobre el mundo al hilo del itinerario recorrido.

Entre las enciclopedias medievales sobresalen, en el siglo XII, la *Imago Mundi* de Honorio de Autun y la *Philosophia Mundi* de Guillermo de Conches, en las que se brinda tanto la imagen del mundo medieval como una descripción general de sus partes[31]. A partir del siglo XIII, este tipo de obras va en aumento: Brunetto Latini redacta *Li Livres dou Tresor* y Vicente de Beauvais, el *Speculum Majus*. Ambos trabajos suscitan interés en la Península, sobre todo en la Corona de Aragón: el libro de Brunetto Latini es traducido al catalán y una copia del texto de Beauvais es encargada por los monarcas aragoneses igualmente con miras a una traducción (Rodríguez Temperley 2005: LXXVIII). En 1410, el cardenal Pierre d'Ailly escribe

[31] En «La imagen del mundo en la Edad Media», Gilson (1980) expone la visión del mundo y los contenidos geográficos que ofrecían las enciclopedias medievales.

su *Imago Mundi*, texto que formará parte de la documentación de Cristóbal Colón (Gil 1992: 123).

En tierras peninsulares, conservamos dos obras con las características de las *imagines mundi*[32]. La primera, la *Semeiança del Mundo* (1959) –datada en 1223–, es una obra enciclopédica que constituye «una reducida síntesis de muchos saberes, uno de los cuales, y no el menos importante, es la descripción geográfica» (Gómez Redondo 1998: 153). Basándose en las *Etimologías* de San Isidoro y en la *Imago Mundi* de Honorius Inclusus, el relator estructura su texto con un marcado objetivo didáctico. La *Semeiança* describe el mundo a partir de los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego); empieza presentando los tres continentes conocidos, las islas, los mares, el infierno y los accidentes geográficos, e incluye un lapidario. La descripción de las aguas integra consideraciones acerca de las fuentes, los mares y los ríos; el capítulo sobre el aire trata de los vientos y los fenómenos atmosféricos, y el apartado dedicado al fuego versa sobre el cielo y la astrología.

La segunda obra peninsular relacionada con las *imagines mundi*, el *Libro del Conosçimiento de todos los rregnos et tierras et señorios que son por el mundo, et de las señales et armas que han* (Lacarra 1999) –aunque redactada como libro de viajes y asimilada históricamente a este género textual[33]– constituye una recapitulación de los conocimientos geográficos de la época y debe considerarse más bien

---

[32] Según Lacarra (1999: 78, nota 3), habría una tercera «*Imagen del mundo* castellana, conservada en la BNM (ms. Res. 35) y en la BPM (ms. 215), de la que da noticia Ángel Gómez Moreno [*España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994: 329], quien explica el enorme interés que suscitaron también estas obras en España».

[33] Efectivamente, en el *Libro del Conosçimiento*, un viajero-relator narra en primera persona un itinerario que realiza en orden cronológico, ofreciendo descripciones de los lugares que recorre; el relato presenta así una estructura idéntica a la de los libros de viajes reales. Su asimilación a este tipo de textos se confirma por el hecho de que el *Libro* se emparentó con el *Libro de las maravillas del mundo* de Mandevilla, otro relato de viajes imaginario que circuló como relato de un viaje real. El *Libro del Conosçimiento*, además, fue utilizado como referencia por los conquistadores de las Canarias (Lacarra 1999: 93).

como una obra enciclopédica. Compuesto a mediados del siglo XIV por un fraile franciscano que vivió seguramente en Sevilla, el *Libro* está inspirado en la idea clerical del saber. Como indica el título, se trata de una compilación geográfica con objetivos didácticos que incluye datos históricos, políticos y heráldicos, y que relega a un segundo plano la experiencia vivida (Lacarra 1999: 93). Esta lectura sapiencial y didáctica es la que emparenta al *Libro del Conosçimiento* con los tratados geográficos y enciclopédicos.

2.3.3. La cartografía

Paralelamente a la recopilación del saber geográfico en las obras enciclopédicas, la Edad Media desarrolla una importante labor cartográfica que contribuye a dibujar la imagen de la tierra con la confección de itinerarios, mapamundis, mapas regionales y mapas marinos o portulanos[34]. Los primeros consisten en el simple trazado de una red de líneas que, sin ninguna escala, marcan la distancia entre los lugares, informando sobre los días necesarios para realizar el trayecto. En ellos se mencionan asimismo los obstáculos principales y la manera de superarlos (Zumthor 1993: 323).

El carácter enciclopédico de las *imagines mundi* se plasma, en el ámbito de la cartografía, en los mapamundis. Estas obras muestran la *ecúmene,* la tierra habitada, en su totalidad y –más que proporcionar medidas, distancias o conocimientos geográficos– reflejan una imagen teológica del mundo conocido. Éste se representa como una circunferencia rodeada por el océano en cuyo interior se inscribe la letra T: son los llamados mapas en T-O. Encima del trazo horizontal de la T –que representa el Mediterráneo– se encuentra Asia; el trazo vertical de la T representa el Don y el Nilo, ríos que separan Europa y África. Estos continentes quedan situados así a ambos lados del pie de la T. El objetivo enciclopédico de los mapamundis se percibe en

[34] En Kupcik (1981: 14-103) se encontrará una completa exposición sobre el desarrollo de la cartografía en la Antigüedad y el Medioevo. Para una síntesis sobre los principios y el desarrollo de la cartografía durante la Edad Media así como sobre la pervivencia de algunos de sus rasgos en los siglos posteriores, véase Zumthor (1993: 317-344). Sobre los portulanos, véase también Mollat du Jourdin (2004). De estas tres obras proceden los datos que resumimos aquí.

la representación de edificios, animales, plantas y razas monstruosas, y la integración de referencias de tipo histórico –tumba de Cristo–, teológico –Jerusalén en el centro, los pueblos de Gog y Magog en las zonas limítrofes– y topográfico. Destacan entre estas obras cartográficas el mapamundi de Ebstorf (1240) y el de Hereford (finales del siglo XIII); este último muestra la centralidad de Tierra Santa, localiza el Edén, la torre de Babel, integra figuras que se refieren a la Historia Sagrada, a las leyendas hagiográficas, a la epopeya de Alejandro, imágenes de reyes, palacios, iglesias, amazonas y monstruos como cinocéfalos y esciapodos.

En paralelo a estos mapamundis –que eran sobre todo obras suntuarias–, a finales del siglo XIII se empiezan a elaborar mapas parciales destinados a usos precisos. Los más frecuentes son los portulanos, también llamados «mapas de marear». Obra de la burguesía comerciante de la Península Itálica así como de catalanes, especialmente, se trata de cartas marítimas con una clara finalidad económica, que se utilizan para la navegación en el Mediterráneo. A mediados del siglo XIV, todo navío de la Corona de Aragón debe llevar dos portulanos a bordo. Al principio, estos trabajos cartográficos se limitan a la representación de las costas del Mar Mediterráneo y del Mar Negro, y, poco a poco, irán incluyendo también las del Atlántico. A lo largo del litoral, el cartógrafo indica el nombre de los puertos y de los accidentes geográficos principales (cabos, bahías, desembocaduras, etc.); el interior de la tierra está habitualmente vacío o decorado con leyendas e ilustraciones variadas. Aunque los portulanos recogen datos cosmográficos procedentes de obras teóricas, se caracterizan sobre todo por integrar la experiencia de los navegantes, es decir, los descubrimientos de las dos últimas centurias, y la gran novedad es que representan las distancias a escala:

> el mapa portulano es el resultado de los primeros desarrollos del pensamiento experimental y, al mismo tiempo, responde a las necesidades creadas por la expansión marítima occidental... Es un medio intelectual de dominar el mundo al tiempo que se le descubre. (Martin, *apud* Ladero Quesada 2002: 45)

Algunos portulanos, más completos, además de consignar los nombres de los puertos, se interesan igualmente por lo que se encuentra

tierra adentro y sitúan ríos, cordilleras, lagos, desiertos, fauna y ciudades. Recogen asimismo información sobre la geografía política o las características raciales de los diferentes pueblos. Tienden, pues, a la visión totalizadora que ya encontrábamos en los mapamundis enciclopédicos.

A lo largo de los siglos XIV y XV, y con los mismos principios que los portulanos, se realizaron atlas –obras cartográficas más completas– que incluían información sobre las tierras interiores y sus habitantes. En la Península, en los círculos judíos de Mallorca, se desarrolla una importante escuela cartográfica que tiene como máximo representante a Abraham Cresques. A él se debe el *Atlas catalán* (1375) que, pese a tener el mismo carácter globalizador que los mapamundis, integra datos de los mapas marítimos o cartas portulanas y, para Oriente, datos procedentes de relatos de viajes, como revelan las leyendas que recoge. Este atlas representa el mundo conocido desde el Atlántico hasta China, y dibuja Asia, por primera vez, con un contorno inexacto pero reconocible. El *Atlas catalán*, realizado tan sólo tres decenios antes del viaje de los embajadores a Samarcanda o de las campañas de Pero Niño en el Mediterráneo, da buena idea del estado de los conocimientos geográficos en el momento en que se inician los periplos que nos ocupan.

2.3.4. La Historia Sagrada, la tradición literaria y la leyenda

Paralelamente a los conocimientos sobre el mundo que proporcionan las obras enciclopédicas y los trabajos cartográficos, una parcela del saber geográfico del hombre medieval procede de la información transmitida por las Sagradas Escrituras, la exégesis bíblica y la hagiografía. Los relatos del Antiguo y del Nuevo Testamento, los Evangelios Apócrifos y las vidas de santos configuran una geografía sagrada. Destacan, por un lado, espacios como el Paraíso con sus cuatro ríos, el Infierno con sus bocas, el monte Ararat y las tierras de Gog y Magog; por otro, los escenarios históricos de la epopeya del pueblo de Israel y de la vida de Jesús y de los santos, como Egipto, el Mar Rojo, el Monte Sinaí, Palestina o Ceilán, isla donde se situaba la tumba de Santo Tomás. Todos estos lugares –a veces benditos, a veces malditos– constituyen importantes puntos de referencia en el

imaginario del hombre medieval y su localización será una de las grandes preocupaciones de los viajeros, como lo prueban sus relatos.

Otra importante puerta de acceso al saber geográfico la encontramos en las tradiciones sobre los grandes héroes de la Antigüedad. La figura de Alejandro Magno –paradigma del viajero y del conquistador– marca con profunda huella el Occidente medieval. A través de un rico y popular ciclo literario que da cuenta de las numerosas hazañas de este personaje, los espacios del Mediterráneo oriental o de Asia –en los que transcurre su vida y en los que libra importantes batallas contra sus enemigos– pasan a ser familiares para el hombre del Medioevo[35]. Tampoco a éste va a serle desconocido el entorno en el que se mueven las principales figuras de las epopeyas homéricas, particularmente las costas e islas del Egeo. Por último, la leyenda del Preste Juan y la famosa carta a la que dio origen en el siglo XII alimentan también el saber sobre el mundo, introduciendo en este caso –como ya ocurría con las obras enciclopédicas– un amplio compendio de *mirabilia* relacionados con las tierras orientales.

2.3.5. Los libros de viajes

En los últimos siglos de la Edad Media, los libros de viajes serán una pieza clave para la transmisión de nuevos conocimientos sobre la *ecúmene*. Los viajeros-relatores beberán en parte de las *imagines mundi*, la cartografía, la Historia Sagrada, las leyendas y las tradiciones, pero se distanciarán de estas fuentes cuando contrasten sus contenidos con las realidades observadas. De este modo, sus relatos se convertirán a su vez en fuentes en las que se nutrirán futuros viajeros, configurando poco a poco una nueva imagen del mundo y contribuyendo a precisar su perfil. Las obras de nuestro corpus surgen en el siglo XV dentro de una ya larga tradición de este tipo de textos[36].

Desde el siglo IV, con el inicio de las peregrinaciones a Jerusalén, Roma y, posteriormente, Santiago de Compostela, aparecen los pri-

---

[35] El peninsular *Libro de Alexandre* (1995), por ejemplo, recoge una serie de excursos geográficos destinados a ampliar los conocimientos del público receptor.

[36] Para completar los datos que aquí se ofrecen con respecto a los libros de viajes medievales, véase López Estrada (1999: 10-16) y Rubio Tovar (1986: 41-69).

meros relatos de viajes medievales (Carrizo 1997: 62). Más tarde, las Cruzadas abren definitivamente el camino hacia Tierra Santa, y esta región, junto con Egipto, comienza a ser bien conocida. Entre los siglos XIII y la primera mitad del XIV, la conquista de Constantinopla permite el acceso al Mar Negro y los viajeros occidentales empiezan a circular por las estepas asiáticas, lo que supondrá una lenta pero segura desmitificación de estas tierras mal conocidas. Los mongoles pasan de ser considerados como un peligro a ser vistos como posibles aliados en la lucha contra el Islam y, con el objetivo de establecer relaciones con este pueblo, se inaugura una serie de viajes de religiosos. Así, el italiano Plan de Carpino (1180-1252), monje franciscano, viaja como mensajero del papa Inocencio IV hasta Mongolia y deja constancia de su misión en la *Historia de los mongoles* (1245); en 1252, el también franciscano Guillermo de Rubruc (1215-1295) alcanza las mismas tierras, portador de una oferta de alianza de San Luis contra los musulmanes al Gran Can mongol. Fray Juan de Montecorvino (1247-1329) será el primer arzobispo de Pekín y sus cartas reflejarán su labor. En el primer tercio del siglo XIV, Odorico de Pordenone (1286-1331) y Jourdan de Severac (muerto h. 1330) llegarán hasta China e India, respectivamente. Todos estos viajeros, que dejan constancia escrita de sus experiencias, contribuyen a ampliar considerablemente los conocimientos sobre el mundo, y las realidades transmitidas por las *imagines mundi* o las obras de las *auctoritates* son contrastadas con los espacios conocidos de primera mano.

Por otro lado, también los comerciantes participan en la construcción de una nueva visión del mundo. En 1298, mientras cumple condena en prisión, el veneciano Marco Polo (1254-1324) dicta los recuerdos de sus viajes hasta el Catay a Rusticello de Pisa. En su *Libro de las cosas maravillosas* o *Millón* (2002; 2005) recoge y reaviva los mitos de un Oriente legendario, entretejiéndolos con las imágenes del imperio del Gran Can, un territorio poderoso, organizado y colmado de riquezas.

Y la visión del Oriente mítico revive y se amplifica en el *Tratado de las cosas más maravillosas y notables que existen en el mundo o Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla (2001; 2005; 2005b), viajero de gabinete que, hacia 1356, forja un periplo imaginario por tierras de Europa, Turquía, Armenia, Tartaria, Persia,

la Península Arábiga, Egipto, Etiopía y la India, principalmente[37]. El *Libro* se convertirá en uno de los textos más leídos de su época y participará así en la difusión de unos conocimientos geográficos procedentes tanto de viajes reales como de obras enciclopédicas.

A todos los viajeros famosos hay que sumar la larga nómina de peregrinos y cruzados que dejan testimonio de su viaje[38] y que dan a conocer con detalle el marco geográfico del Antiguo Testamento y del universo cristológico (Palestina, Sinaí y Egipto).

Paralelamente a estos periplos realizados por cristianos, conviene no olvidar los que emprenden viajeros musulmanes como Abu Hamid el Granadino (1080-1170), Ibn Battuta (1304-h.1368) e Ibn Jaldún (1332-1406), o judíos como Benjamín de Tudela (1130-h.1175)[39], que dejan sendos relatos de sus experiencias. Los conocimientos geográficos son capitales en la civilización islámica ya que la fulminante expansión de la religión obliga a los gobernantes a disponer de información precisa sobre las tierras conquistadas para su correcto gobierno y eficaz administración; además, tanto el comercio –fundamento de la economía en el mundo musulmán– como la obligada peregrinación de todo creyente a la ciudad de La Meca necesitan del saber geográfico para establecer, mejorar o trazar rutas de circulación por un más que vasto territorio[40].

Todos estos libros de viajes se difundirán por círculos caballerescos y aristocráticos. Copias de obras como el *Millón* de Marco Polo, el *Libro de las maravillas del mundo* de Juan de Mandevilla o la *Flor de las historias de Orient* de Haytón de Gorigos fueron adquiridas por los soberanos de la corte aragonesa y traducidas en el *scriptorium* de Juan Fernández de Heredia (Rodríguez Temperley 2005: LXXV-

---

37 Las fuentes de este relato se encuentran, como señala López Estrada (1999: 14-15), en el *Speculum maius* de Vincent de Beauvais; el *Livre dou Tresor* de Brunetto Latini; la *Leyenda dorada* de Jacobo de la Voragine; las guías de peregrinación a Tierra Santa; el *Itinerario* de Fray Odorico de Pordenone; la leyenda sobre Alejandro del *Pseudo Calístenes* y la leyenda del Preste Juan de las Indias.

38 Véase la rica antología de relatos de cruzados y peregrinos de Régnier-Bohler (1997).

39 Véase su libro de viajes, editado por Magdalena Nom de Deu (1989).

40 Para los relatos de viajeros musulmanes, véase Martínez Crespo (1990).

LXXX); sabemos de un Marco Polo catalán del siglo XIV (Rubio Tovar 1986: 54); tanto Pero Tafur como Gómez de Santisteban conocen el relato de la *Embajada*[41] y la obra del infante don Pedro se recoge en crónicas caballerescas como la de García de Salazar. Tenemos constancia de que el propio Marqués de Tarifa preparó cuidadosamente su peregrinación mediante la consulta de portulanos y mapas, y la lectura de numerosas obras de viajes, como atestiguan las obras que se conservan en su biblioteca: la *Conquista de Ultramar*, el *Libro de Marco Polo* (González Jiménez 2001: 94) o el *Viaje de la Tierra Santa* de Bernardo de Breydenbach (García Martín, 2001c: 43). Aunque no dispongamos de más datos precisos sobre las lecturas que nuestros viajeros pudieron realizar, sabemos que, por su condición social, ellos figuran entre los primeros destinatarios de los relatos de viajes y contribuyen a su vez, con su propia producción, a desarrollar el género en la Península.

2.4. Balance

Hemos visto hasta aquí las diferentes circunstancias y motivaciones que llevan a nuestros viajeros-relatores a ponerse en camino, la variedad de sus itinerarios, así como la multiplicidad de razones que los empujan a redactar sus vivencias. Pese a esta diversidad, percibimos algunos parámetros comunes a unos u otros que –podemos suponer– van a influir tanto en su percepción de la geografía de las tierras recorridas como en su manera de presentarlas. En primer lugar, destaca el interés por transmitir conocimientos: la *Embajada* se escribe para que «mejor e más verdaderamente se puedan contar e saber» tanto las cosas que ocurrieron a los viajeros durante su periplo como la geografía que recorrieron. Con voluntad de sacar provecho de las enseñanzas que proporcionan los viajes, parte Tafur de su tierra natal y el mismo deseo de adquirir y transmitir saber expresa Gómez de Santisteban. Y, aunque no lo explicite, el *Viaje a Jerusalén*, como relato de

[41] Dan fe de ello tanto las alusiones de Pero Tafur al viaje de los embajadores en sus *Andanças* como la clara huella de la *Embajada* en la visita a Tamorlán narrada por Gómez de Santisteban.

peregrinación, tiene el claro objetivo de brindar datos sobre el camino y sobre Tierra Santa. Imaginamos por ello que los textos ampliarán el universo de conocimientos generales de la sociedad receptora y, muy concretamente, sus conocimientos geográficos. En segundo lugar, se insiste sobre la dificultad y la prueba ligada al viaje: la «embaxada es ardua» (ET), Díaz de Games habla de «trabajos», «peligros» y «aventuras», y Tafur menciona también los «trabajos» inherentes a todo desplazamiento. Es más que probable que la geografía contribuya a estas dificultades y que las penalidades sufridas se reflejen en la forma de presentar aspectos como el relieve, los mares o el clima. En tercer lugar, se destaca la lejanía de las tierras recorridas y, por ende, su extrañeza: «la embaxada es [...] a lueñes tierras» (ET), «interviene es visitar tierras extrañas» (AV). Cabe esperar, pues, que los viajeros pongan de relieve los aspectos de la geografía que dan cuenta del extrañamiento producido por la distancia y que su discurso acerque el espacio del viaje al espacio de recepción del relato. Por último, el parámetro testimonial –que constituye un ingrediente básico en el pacto de «lectura» entre emisores y receptores– reviste gran importancia ya que los viajeros-relatores insisten en su calidad de testigos presenciales de lo que cuentan, lo que otorga a su discurso el sello de la veracidad. Podemos presumir, entonces, que los conocimientos que forman parte del bagaje cultural de viajeros y receptores serán continuamente contrastados –implícita o explícitamente– con las realidades vividas. De este modo, las *imagines mundi*, la cartografía, la Historia Sagrada, las tradiciones literarias y las leyendas así como las experiencias relatadas por otros viajeros aparecerán como el intertexto sobre el que nuestros viajeros construirán su discurso acerca del mundo. Por su valor informativo y testimonial, nuestros libros de viajes colmarán las expectativas de un público ávido de noticias sobre otros horizontes.